

El pueblo de las ruinas. Metáforas en torno a la decadencia y reconstrucción de Navarra

IÑAKI IRIARTE LÓPEZ*

INTRODUCCIÓN

En los años cercanos a la segunda guerra carlista comienzan a darse en Navarra los primeros pasos de una literatura regional. Sus figuras más sobresalientes son Arturo Campión, Juan Iturralde y Suit, Hermilio de Olóriz, Julio Altadill y Francisco Navarro Villoslada. Como en el caso de otras literaturas periféricas en Europa, se trata de un movimiento marcadamente regionalista, expresión de un romanticismo conservador ya trasnochado.

El destino de este incipiente movimiento literario resultó paradójico. Por un lado, en la medida en que ni llegó a consolidarse en una literatura regional reconocida -no es casual a éste respecto que apenas nadie hable hoy de una “literatura navarra”- y en que ni su proyecto político de una tercera vía panvasca frente al carlismo y al régimen dinástico alcanzó el eco esperado(1), puede decirse que fracasó. Sin embargo, desde otro punto de vista, hay que constatar que alcanzó el éxito. En primer lugar, porque sus componentes se hicieron con la hegemonía cultural del país, obteniendo el reconocimiento general de público e instituciones. Y, en segundo lugar, porque buena parte de sus recursos literarios (imágenes, clichés, tópicos, etc.) entraron a formar parte del imaginario político local.

El presente artículo tiene como objeto examinar uno de los tópicos constitutivos de este grupo, el tema de las ruinas, mostrando su presencia en las letras navarras desde su “descubrimiento”, al filo de la Restauración, hasta los primeros años del franquismo, cuando la generación regionalista originaria se extingue y se consolida una modesta literatura foralista pero afecta al nuevo régimen. No se trata tanto de realizar un ejercicio de crítica literaria como de ilustrar algunas de las claves ideológicas de esta temática. No obstante el carácter no filológico sino politológico de estas páginas, es preciso tomar conciencia de que las significaciones ideológicas de un texto

* Departamento de Sociología.
Universidad Pública de Navarra

(1) Cfr. ELORZA, Antonio: *Ideologías del nacionalismo vasco. 1876-1937 (De los “euskaros” a Jagi Jagi)*. L. Haranburu ed., San Sebastián. 1978; pp. 76-107.

no pueden escindirse de los procedimientos formales de su articulación(2). En consecuencia, dedicaremos el suficiente espacio a ilustrar los recursos literarios con los cuales *son escritas* las ruinas a lo largo de todo este período.

Nuestro recorrido comienza en 1870, con la publicación de la *Memoria sobre las ruinas del Palacio real de Olite* (3) de Juan Iturralde y Suit. Anteriormente ya habían aparecido algunos otros escritos en los que las ruinas locales hacían acto de presencia, en concreto la *Crónica de la Provincia de Navarra* (4) del madrileño Julio Nombela, en 1868, y la *Memoria sobre los Reyes de Navarra* (5) del navarro Rafael Gaztelu, en 1866. Este mismo año el célebre Gustavo Adolfo Bécquer publicaba en prensa una breve reseña sobre su visita al castillo de Olite (6), a propósito de un viaje por Navarra. Sin embargo el alcance ideológico e historiográfico de estos escritos no admite comparación con el de la *Memoria* de Iturralde. Gaztelu se limita a informar superficialmente acerca de los personajes regios “re-descubiertos” en Leyre y a lamentar, también de manera concisa, el estado del monasterio. Los comentarios de la *Crónica* de Nombela, por su parte, eran muy poco emotivos y en cualquier caso no se encardinaban en un alegato regionalista, algo que tampoco sucedía con el artículo de Bécquer.

Frente a estos trabajos, la novedad del escrito de Iturralde estribaba en primer lugar en el intensivo interrogatorio al que sometía a las ruinas. En el texto final, es decir, en el texto tal y como fue impreso, sólo figuran recogidas las respuestas a este interrogatorio, pero es notoria la pre-existencia en él de un cuestionario notablemente sistemático “aplicado” sobre el castillo. De este modo, Iturralde se pregunta y responde sucesivamente por el constructor del monumento, por su aspecto original, por la función de cada una de sus salas y habitaciones, por su ornamentación primitiva, por su inserción en la vida histórica de Navarra, por “los muchos hechos históricos que en su recinto han tenido lugar” (7), por las causas de su ruina; por los responsables de aquella y,

2. EL DESCUBRIMIENTO DE LAS RUINAS.

(2) Cfr. THOMPSON, John B.: *Studies in the Theory of Ideology*. Polite Press, Cambridge. 1984. WHITE, Hayden: *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Paidós, Barcelona. 1992, p. 211. REBOUL, Olivier: *Lenguaje e ideología*. F. C. E., México D. F. 1986; p. 221. REIS, Carlo: *Para una semiótica de la ideología*. Taurus, Madrid. 1987; pp. 192 y ss.

(3) ITURRALDE Y SUIT, Juan: *Memoria sobre las ruinas del Palacio real de Olite*. Imp. La Internacional, Pamplona. 1870.

(4) NOMBELA, Julio: *Crónica de la Provincia de Navarra*. Rubio, Grilo y Vitturi eds., Madrid. 1868.

(5) GAZTELU, Rafael: *Memoria sobre los reyes de Navarra cuyos restos se hallaron en el monasterio de Leyre y han de ser trasladados al panteón de la Catedral de Pamplona*. Imprenta provincial, Pamplona. 1866.

(6) BECQUER, Gustavo A.: “Castillo Real de Olite”, *El Museo Universal*, nº 11, Tomo III, 1866.

(7) ITURRALDE, J. *op. cit.*; p. 5.

finalmente, por los remedios de que se dispone para enmendarla (8). A través de este juego de preguntas y respuestas desde diferentes planos el edificio se va dibujando precisamente ante nuestros ojos. Reveladoramente, Julio Altadill afirmaba medio siglo más tarde que él habría titulado este trabajo la “Completa restauración teórica del Alcázar navarro” (9), aduciendo que más que una “Memoria” suponía una verdadera “Resurrección” (10) del palacio.

Naturalmente, el interrogatorio de Iturralde a la ruina de Olite dista mucho de ser desapasionado. La visión del “escandaloso abandono” (11) en que yace el castillo lo emociona profundamente y la nostalgia por el antiguo esplendor de Navarra impregna cada página del escrito. No en vano, y este es el segundo punto que vuelve tan valiosa la *Memoria*, el castillo de Olite no aparece aquí como una mera curiosidad histórica o una simple muestra arquitectónica destacable. Antes bien: el palacio se desvela como un símbolo privilegiado de Navarra. Hasta tal punto se produce la identificación, que la existencia de ambas realidades discurre de modo paralelo: a la antigua magnificencia del uno corresponde el pasado esplendor de la otra, a la ruina actual del edificio, la situación agónica de la Navarra contemporánea.

“El palacio de Olite [...] pasa por las mismas vicisitudes que el reino de Navarra y parece marcado por el destino para compartir con él su suerte.” (12)

En efecto, la compenetración entre la historia del palacio y la de Navarra se realiza de forma tan completa que cada fragmento de aquél deviene un signo del esplendor y la decadencia de Navarra.

“Sus truncadas torres, sus cuarteados muros, sus mutiladas ojivas *parecen representar* las vicisitudes por las que ha pasado este noble país; y aquel castillo obra predilecta de un gran monarca, aquellas bóvedas bajo las cuales se han celebrado tantos triunfos, que han presenciado acontecimientos tan notables, que han resonado con los gritos de guerra o las trovas amorosas de los menestrales, *parecen hoy la tumba de un reino*. A la algazara y animación ha sucedido un sepulcral silencio, tan sólo interrumpido por el grito lastimero de las aves nocturnas que anidan entre las decrepitas almenas, o por el estruendo de alguna

(8) Cfr. con otro escrito del propio Iturralde: “La selva - Aguirico Elize”, en *Obras de Iturralde y Suit. Vol. I. Cuentos leyendas y descripciones euskaras*. Imp. de J. García, Pamplona. 1912; p. 207, en donde sí aparecen las preguntas: “Qué iglesia es aquella?[sic, como el resto] quiénes y cuándo la fundaron? qué hechos conmemora? qué significa su nombre, que no se conserva en documento alguno y sólo ha sido conservado en tradición oral? [...] Qué escenas presencié?”.

(9) ALTADILL, Julio: *Geografía general del País Vasco-Navarro*. Est. Ed. de A. Martín, Barcelona. S. F. (pero 1923); p. 797.

(10) *Ibidem*, p. 798.

(11) ITURRALDE, J. *Memoria...*, *op. cit.*; p. 58.

(12) *Ibidem*, p. 22.

pedra que se derrumba y parece llevarse un recuerdo de nuestra historia! [sic]" (13).

Olite atesora una multitud de recuerdos patrióticos y gloriosos para quien sepa escuchar, recuerdos que se irán perdiendo conforme avance la ruina del castillo. Con él Navarra no sólo pierde un monumento histórico sino también su memoria, la conciencia de su propio pasado. Por eso Iturralde no puede menos que sentir cómo "la indignación detiene nuestra pluma" (14), cuando advierte el maltrato del palacio por parte de sus compatriotas.

"Mirado con una indiferencia brutal por la ciudad de Olite, que le debe toda su importancia; descuidado de un modo vergonzoso por los mismos que hubieran debido ser sus conservadores y fieles *custodios*, el *venerable monumento*, en cuyos mutilados muros se *lee con caracteres majestuosos la historia de un reino*, ha sufrido toda clase de *profanaciones*. Algunas partes de él han sido destruidas para reparar casas, levantar tapias o empedrar calles, y otras utilizadas para bodegas o estercoleros...!! [sic]" (15)

En Olite puede leerse, por tanto, la historia de Navarra. Julio Altadill, otro de los escritores del grupo, retomará años más tarde esta metáfora de la ruina como texto, haciendo de cada piedra del edificio "una hoja del libro magno de nuestra Historia" (16).

En el imaginario local el castillo de Olite ha tenido dos habitantes privilegiados, personajes ambos de gran importancia simbólica. Uno es el rey Carlos III, el "constructor"; el otro su nieto, el príncipe Carlos de Viana, el buen señor que muere antes de comenzar su reinado. En la *Memoria* aparece exclusivamente el primero, el "nuevo Salomón" (17): "príncipe sabio y virtuoso, [que] tan sólo ambicionaba el hacer la felicidad de sus súbditos" (18). Iturralde recuerda brevemente la vida del rey noble, que dio fueros, que enriqueció a sus súbditos, que embelleció su reino y, sobre todo, que "devolvió la paz a su pueblo, borrando odios antiguos" (19). Una paz de la que, por cierto, tan necesitada estaba Navarra en los momentos en que nuestro autor escribe.

Una de las preguntas fundamentales del interrogatorio al que es sometido el castillo se refiere a su estado original. Iturralde aventura aquí minuciosas descripciones de los torreones, de los jardines, las cocinas y demás dependencias, remarcando siempre la grandeza solem-

(13) *Ibidem*, p. 7. Cursivas mías.

(14) *Ibidem*, pp. 58-59. Cursivas mías.

(15) *Ibidem*, p. 58. Cursivas mías.

(16) ALTADILL, J. *op. cit.*; p. 125. Es interesante señalar que como la ruina se convierte en libro de historia, a su vez la historia se convierte en ocasiones en edificio. Cfr. ALTADILL, Julio: *Biografía y obras del P. Joseph de Morete*. Imp. de J. Lorda, Pamplona. 1887. Moret aparece llevando a cabo "la tarea de erigir el edificio de nuestra historia" (p. 73)

(17) ITURRALDE, J. *Memoria...*, *op. cit.*; p. 10.

(18) *Ibidem*.

(19) *Ibidem*, p. 12.

ne que debieron caracterizarlas. A lo largo del tiempo, Olite, que a pesar de todo todavía merece el apelativo de “austero” en la *Memoria*, aparecerá en los textos posteriores como sinónimo de suntuosidad y lujo, hasta el punto de revelarse como “el Versalles de Navarra” (20). Consecuentemente, también Carlos III figurará en alguna ocasión como su “Luis XIV” (21). Esta insistencia retórica en el lujo del lugar, recurriendo o no a modelos externos, no carece en modo alguno de importancia: dada la identificación entre el castillo y el Reino, el engrandecimiento del primero engrandece a una vez el pasado del segundo.

Tras la *Memoria* de 1870 sobre el palacio de Olite vendrán más escritos sobre ésta y otras ruinas. El propio Iturralde firmará trabajos similares sobre el castillo de Javier, los monasterios de Hirache y Leyre, y los santuarios de Ujué y Eunáte (22). También proyectará una vasta obra que no llegó a completar titulada *Las grandes ruinas monásticas de Navarra* (23). Durante generaciones otros escritores navarros, entre los que cabe citar a Campión, Altadill, Valiente, Olóriz, Larumbe, Esparza y Ortabe, tomarán parte de esta poética de las ruinas, sirviendo de eco a una temática habitual en la cultura europea durante los siglos XVIII y XIX (24).

Para el incipiente movimiento literario navarro del último tercio del XIX y primeros del XX las ruinas constituían un tópico inmejorable de cara a la expresión de sus principios ideológicos. En primer lugar, las ruinas servían para revalorizar la identidad local: Navarra había sido un reino propio, un país con monasterios y castillos, reyes y príncipes, santos y guerreros, y las ruinas eran sus testigos. En segundo lugar, la llamada de atención sobre aquéllas representaba, una clara ruptura respecto de los discursos políticos dominantes. Situaba la esencia de Navarra en unos lugares olvidados por esas ideologías rivales, poniendo en entredicho su navarrismo. Quienes denunciaron y señalaron con sus escritos hacia las ruinas detentaron a partir de entonces una suerte de autoridad sobre ellas: se convirtieron en sus cronistas, en sus rememoradores, en sus guardianes, tomando posesión, gracias a la identificación entre historia y ruina, de la memoria de la provincia.

(20) ALTADILL, J. *Geografía general ...*, op. cit.; p 797.

(21) MAÑE Y FLAQUER, Juan: *El oasis. Viaje al país de los fueros*. Imp. de J. Roviralta, Barcelona. 1878; tomo I, p. 56.

(22) ITURRALDE, J.: “Una visita al castillo de Javier antes de su restauración”, *Revista Euskara*, 1883. ITURRALDE, J.: “El Monasterio de Hirache”, *Revista Euskara*, 1883. ITURRALDE, J.: “Recuerdos de Ujué”, en ITURRALDE, J.: *Obras IV*. Imp. de García, Pamplona. 1917. ITURRALDE, J.: “Santuario de Nuestra Señora de Eunáte”, *Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra* -en adelante B. C. M. H. A.-, 1895. ITURRALDE, J.: *Una visión en las ruinas de Leyre* (inédito). ITURRALDE, J.: “Los castillos de Navarra durante la Edad media”, *Revista Euskara*, 1883.

(23) Cfr. ITURRALDE, J. *Obras completas, vol. I, op. cit.*; p. CXXII.

(24) Ver MARCHAN FIZ, Simón: *La estética en la cultura moderna. De la Ilustración a la crisis del Estructuralismo*. Alianza, Madrid. 1987; pp. 23-27, 36 y 81. ROSEMBLUM, Robert: *Transformaciones en el arte de finales del siglo XVIII*. Taurus, Madrid. 1986; pp. 97 y ss, y 100 y ss.

Es importante hacer notar que no todas las ruinas han despertado el mismo interés en la literatura navarra. Unos pocos lugares como el propio castillo de Olite, los monasterios de Leyre, Irache e Iranzu obtienen una atención continuada. Mientras, otros muchos sólo son citados ocasionalmente, y otros más permanecen casi completamente marginados. Ahí están como muestras el Palacio de los Reyes de Navarra en Pamplona, el monasterio de Zamarce en Uharte Arakil, San Zoilo en Sangüesa, o la Purísima Concepción en Oteiza. Es cierto que no todas las ruinas tienen el mismo valor artístico e histórico y que son tan numerosas que difícilmente se podría dar cuenta de todas ellas. Sin embargo, no siempre las razones del olvido y el recuerdo pueden atribuirse a factores de esta índole. De hecho, cuando la ruina es recordada por algún escritor, su olvido parece siempre una negligencia incomprensible.

Entre los monumentos que más evocaciones han merecido figura en un lugar preferente el castillo de Olite. Es posiblemente la principal ruina de la provincia y desde la *Memoria* de Iturralde han sido muchos los escritos que en mayor o menor medida lo han visitado. Monografías, libros de historia, de arte, guías turísticas, novelas, poesías, etc. La identificación entre la historia de Navarra y el castillo de Olite ha sido un tópico extremadamente frecuente. En el escrito que la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra dirigió a la Diputación de Navarra en 1895, por ejemplo, se dice que Olite, “con los recuerdos de sus esplendores pasados y la manifestación de sus miserias presentes”, constituye la “*representación exacta y fiel* de nuestro desgraciado Reino” (25). Cincuenta años después, en 1946, Martínez Erro lo califica de “compendio y símbolo de la historia de todo un Reino” (26). Antes que él, Arturo Campión, en una frase que conocerá la fortuna de ser repetida una y otra vez, había sentenciado: “Desconocer Olite es desconocer Nabarra” (27). Entre ambas realidades, en efecto, se produce a su modo de ver el paralelismo más completo:

“Sí; esas piedras venerables y abandonadas son cual un enérgico escorzo, cual una poderosa síntesis del desarrollo de nuestra vida histórica. Están desmoronados, como nuestros recuerdos; hundidos en el polvo, como nuestros ideales; dispersados, como nuestras leyes; lamidas por las llamas, como nuestras almas por las pasiones de los partidos; existiendo entre unas y otras la

(25) “Principales acuerdos y comunicaciones de la Comisión, correspondientes a los meses de Diciembre de 1894 y Enero de 1895. Castillo real de Olite”, *B. C. M. H. A.*, 1895; p. 8. Las cursivas son mías. La carta está firmada por Iturralde.

(26) MARTÍNEZ ERRO, José: *Olite, Corte de Reyes*. Taller tipogr. de Orive, Tafalla. 1946; p.6.

(27) Citado por ALTADILL, Julio: *Castillos medioevales de Nabarra*. Beñat Idaztiak, Donostia. 3 volúmenes, 1934-36; tomo I, p. 74. MARTÍNEZ ERRO, J. *op. cit.*, lo repite en p.5 y p.7. También lo hace GURPIDE BEOPE, Julio: *Geografía e Historia de Navarra*. Iberia, Pamplona. 1944; p. 119.

sinistra analogía de que nosotros mismos somos incendiarios.” (28)

Una y otra vez Olite provoca una completa rememoración de la historia de Navarra, incluyendo los siglos anteriores a los de su construcción. Una muestra interesante de ello es el poema “En el castillo de Olite” (29) de Hermilio de Olóriz, un autor coetáneo de Iturralde. Visitando el lugar, en una especie de viaje astral, Olóriz presencia los momentos claves de la historia de Navarra: la lucha contra los romanos, la evangelización, la derrota de Carlomagno en Roncesvalles, la hazaña de Sancho Abarca contra los infieles, la batalla de las Navas; la oscura muerte del príncipe Carlos de Viana; etc. Veinte siglos de historia pasan velozmente ante sus ojos. Cuando, de pronto, despierta en la noche, en medio de un palacio ruinoso, exclama lleno de dolor:

“De mi patria las glorias, no más en mi espíritu alientan...
¡muertas yacen!...y sombras tan sólo por doquier me circundan.”(30)

Es interesante reparar en cómo los primeros textos sobre las ruinas suelen tener la forma de monografías, las cuales actúan en cierto modo como las descubridoras del monumento en cuestión. Más adelante, cuando la ruina se populariza, a las monografías se añaden una multitud de referencias, más o menos oportunas y extensas, en textos de todo tipo. Las ruinas se convierten entonces en tópico, en lugar común de visita constante por parte de los literatos locales. Algunos monumentos, incluso, se tornan tan atractivos que casi imponen su presencia en textos a primera vista nada propicios para ello. Julio Altadill, por ejemplo, redacta el capítulo décimo de su *Geografía General del País Vasco-Navarro*, dedicado a las vías de comunicación. Pasamos por frías e interminables reseñas sobre ferrocarriles, carreteras y caminos. De pronto llega a Olite, “sagrario navarro” (31), y entonces el código científico, descriptivista, deja paso a una escritura mucho más emotiva:

“Nos acercamos a Olite, la antigua Corte del Reino Navarro, y a la vista de la histórica Ciudad, una impresión profunda, un sacudimiento violento, borra inmediatamente la plácida tranquilidad del espíritu. El Castillo Palacio [...], con sus rojizos muros, con sus airoas, elegantes y numerosas torres, a cual más altiva, nos parecen tubos gigantes de órgano inmenso que en lúgubres notas entonanar tétrico responso, cual si de aquel recinto, *antes todo riqueza y vida, esplendor y movimiento, hoy solitario sepulcro*, se alzarán roncas y violentas de ira e indignación las

(28) CAMPION, Arturo: *Euskariana, serie cuarta*. Imp. de Erice y García, Pamplona. 1904; p. 121.

(29) Recogido en OLORIZ, Hermilio de: *Laureles y siemprevivas*. Imp. Provincial, Pamplona. 1893.

(30) *Ibidem*, p. 192.

(31) ALTADILL, J. *Geografía general...*, *op. cit.*; p. 125.

voces enérgicas de los soberanos que allí mismo laboraron con amor y tenacidad por el engrandecimiento de Navarra. Entre las notas y voces de aquel enorme monumento surgientes, cree el alma escuchar rudas... ¡pero justas y exactas! *acusaciones a la generación presente* que con indiferencia tan negra, con ingratitud tan vergonzosa, olvida que aquel singular recinto fue el centro deslumbrador, el cerebro privilegiado de donde emanaron glorias y grandezas de nuestra historia: a veces creemos percibir entre las notas de aquel órgano titánico, otras tiernas y suplicantes que hacen resurgir la memoria del Príncipe Mártir y sus hermanas infortunadas; en otros momentos, grandes aclamaciones de la masa popular, clarines y atabales hendiendo el espacio con guerreros sonidos, evocan ya las fastuosas bodas del de Viana, ya su regia proclamación; a trechos figúrasenos oír los acentos sesudos de los prohombres que allí constituidos en Cortes acuerdan leyes sapientísimas encaminadas a la pública prosperidad. Y cerrando por fin los sonidos y las voces de aquel robusto conjunto, cuyos ecos vigorosamente repercuten en el Santuario de Ujué, parodiando el Amen de un cavernoso, airado y vibrante Requiescant, una querella estridente que daña a los oídos y rasga el corazón, un potentísimo irrintzi que desde el Ebro hasta Roncesvalles, desde Aralar a Leire, se percibe tan claro y diáfano como la verdad divina. Su traducción es esta: ‘¡Navarra, Navarra! ¿Por qué me has abandonado?’ (32)

Junto al castillo de Olite, las ruinas del monasterio de Leyre atraen poderosamente el interés de los literatos navarros. Entre los primeros trabajos que se le dedican destaca, al margen de la citada *Memoria de Gaztelu*, el escrito de Valeriano Valiente y Pérez, *Una gloria extinguida o el Monasterio de Leire* (33), de 1881. El texto no alcanza ni de lejos la calidad literaria de la *Memoria* de Iturralde, ni tampoco llega al extremo de identificar el monasterio con Navarra. Sin embargo, la mayor parte de su proceder con las ruinas sí coincide con la *Memoria* de 1870 a la que, por cierto, cita profusamente. Valiente y Pérez comienza “descubriendo” Leyre, hallando “convertido en ruinas el Monasterio donde se meció la cuna de nuestra libertad e independencia durante el aciago período de la reconquista” (34). A continuación describe su medio geográfico, sus dimensiones y, en especial, su historia. Como en el caso de Olite ésta sirve para evocar la de Navarra. Valiente exalta las grandezas pasadas del monasterio, el favor que mereció de los reyes, la fe de sus monjes, la sabiduría de sus abades. Es comprensible que al ver “reducido a escombros el monumento donde la piedad y el patriotismo de nuestros antepasados depositaran los restos mortales de sus excelsos soberanos” se desate su indignación. El “olvido en que yacen reliquias

(32) *Ibidem*, pp. 123-125. Las cursivas son mías.

(33) VALIENTE Y PEREZ, Valeriano: *Una gloria extinguida o el Monasterio de Leire*. Imp. Provincial, Pamplona. 1881.

(34) *Ibidem*, p. 19.

tan venerandas y recuerdos tan gloriosos” (35) le parece, en efecto, “injustificable”. ¿Cuál es la causa de esta situación? Son varias, pero sin duda la principal es “la más incalificable indiferencia por parte de la actual generación” (36) hacia las glorias del pasado.

Las similitudes entre la *Memoria* de Iturralde sobre Olite y el escrito de Valiente sobre Leyre no quedan circunscritas a dichos lugares y autores. Otros escritores navarros proceden con éstos y otros monumentos de forma extremadamente parecida. Como símbolos del pasado y del presente de Navarra, las ruinas guardan una evidente intimidad entre sí, hasta tal punto que las mismas imágenes se repiten aplicadas sobre distintos lugares. La metáfora de la ruina como libro, por ejemplo, que Iturralde y Altadill habían utilizado para referirse a Olite, la vuelve a emplear éste último con el monasterio de Leyre y la iglesia de Santa María la Real de Sangüesa. Ambos lugares, escribe,

“[...] son hoy para nosotros *libros de pocos folios, pero libro al fin y al cabo*, abierto a la contemplación, estudio y deducciones, cuyas *muertes* no es posible mirar con indiferencia, porque constituyen *artículos de fe*, siempre que se intente establecer la crónica arqueológica de este antiguo Reino.” (37)

No sólo eso. En la medida en que todas las ruinas son homótimas, las referencias a ellas a menudo se cruzan entre sí. El padre Onofre Larumbe, por ejemplo, lanza en 1930 un “llamamiento al patriotismo del pueblo navarro” (38) a fin de promover la restauración del Monasterio de la Oliva -“yacente en sus propias ruinas, [...] erial, desolado, nido de alimañas y guarida para el ganado” (39). Y lo hace precisamente presentándolo como el correlato espiritual del castillo de Olite:

“Genuino representante o emblema de la vida política y civil de Navarra, el suntuosísimo Castillo-Palacio Real de Olite, lo es, en la vida monástica y religiosa el maravilloso Monasterio de Nuestra Señora de la Oliva, que todo navarro debiera conocer, para hacerse cargo de su magnificencia y necesidades, y contribuir a su restauración, como una de las glorias legítimas de su patria.” (40)

A pesar de la relativa identidad de las ruinas entre sí, lo cierto es que en ocasiones algunas de ellas llegan a diferenciarse y a adquirir una personalidad relativamente definida, merced al éxito de ciertos textos “monumentales”. El caso de Leyre y Olite es posiblemente el más claro. Olite encarna en la literatura navarra una baja Edad media cortesana y

(35) *Ibidem*, p. 2.

(36) *Ibidem*, p. 34.

(37) ALTADILL, J. *Geografía general...*, *op. cit.*; p. 686. *Cursivas mías*.

(38) *Ibidem*, p. 21.

(39) LARUMBE, Onofre: *El Monasterio de Nuestra Señora de la Oliva (Restauraciones esplendorosas)*. Aramburu, Pamplona. 1930; p.19.

(40) *Ibidem*.

culta, afrancesada y elegante, trovadora y casi renacentista. Para Campión, por ejemplo, éste es:

“[...] lugar de recreo, y fortaleza de defensa, y tribunal de justicia, y templo de legisladores, y academia de príncipes filósofo-poetas, y jardín de rosas, y búcaro de damas; lo que siempre simbolizó independencia nacional; civilización católica, libertad política, cultura progresiva, renacimiento de ciencias y letras [...]”. (41)

Olite aparece a menudo como el símbolo de un destino frustrado, como la tentación histórica de un estado navarro moderno que no converge en el proyecto unitario peninsular. Olite representa esa oportunidad de una historia propia, diferente, que no termina en España, una historia desbaratada por las guerras civiles y la invasión castellana. En definitiva, Olite encarna la posibilidad coartada de una existencia soberana dotada con todas sus expresiones características:

“[...] allí nacieron y expiraron Reyes y Príncipes; allí se celebraron Cortes del Reino; allí se concertaron treguas, se avinieron alianzas, allí se efectuaron recepciones de personalidades nacionales y extranjeras; se perpetuaron en solemnes actos de corte, resonantes acontecimientos; allí se redactó el pacto de pacificación (Privilegio de la Unión de los Burgos de Iruña); allí tuvo su trono la paz; de allí surgió siempre la tranquilidad y el orden y las leyes de nacionalidad y justicia, que caracterizaron aquel venturoso reinado del más Noble de los reyes de este antiguo Reino.” (42)

En ocasiones Leyre da la impresión de funcionar como un correlato espiritual del castillo, como sede del poder religioso y cultural frente al poder terrenal y militar que encarna el palacio de Carlos III. Pero si es cierto que esto puede suceder esporádicamente, en muchas más ocasiones Leyre representa más bien un precedente de Olite. Es la corte-monasterio de los orígenes, “la cuna de nuestras leyes, nuestra fe y nuestra monarquía” (43), el palacio-santuario austero y sobrio de los reyes-guerreros de estirpe vascona, los “augustos manes fundadores del antiguo Estado” (44). No por nada, como Olite ha sido llamado “Versalles”, Leyre, grave y fúnebre, será descrito como el “Escorial de la corona de Navarra” (45).

Ahora bien, incluso en el caso de aquellos lugares con una personalidad relativamente definida, el “destino” de los monumentos emblemáticos de las letras navarras es poco claro desde el punto de vista de su significado ideológico. Aunque “descubiertos” por el inci-

(41) CAMPION, A. *Euskariana, cuarta serie, op. cit.*; p. 123.

(42) ALTADILL, J. *Castillos medievales de Navarra, op. cit.*; tomo I, p. 74.

(43) “Comunicaciones”, *B. C. M. H. A.*, 1922. Pamplona; p. 12.

(44) VALIENTE, V. *op. cit.*; p. 4.

(45) *Ibidem*, p. 48.

4. EL PUEBLO DE LAS RUINAS.

piente grupo regionalista que, como se ha dicho, fracasa políticamente, lo cierto es que durante décadas dichos lugares entran a formar parte del código ideológico de los discursos hegemónicos literarios y políticos. Leyre, por ejemplo, como *invocación* aparece tanto dentro del nacionalismo sabiniano de Estornés Lasa (46), como del fascismo del padre Izurdiaga (47) y del foralismo conservador de Arvizu y Aguado (48).

Es importante reparar en que no sólo los monumentos de valor histórico y artístico definidos son objeto de atención por parte de esta poética de las ruinas. Lugares genéricos como bosques, ermitas, iglesias, cruces, desolados, etc., forman también parte de sus recursos. Entre todos ellos destaca especialmente el caserío, el cual, como es sabido, ocupa un lugar primordial en el imaginario vasconavarro. Escribe, por ejemplo, Altadill:

“Esos bellísimos caseríos [...] te darán idea [...] de *lo que es el pueblo euskaro, hoy pequeño pero grande antaño*; ese pueblo está *a maravilla representado* por estos caserones que fueron *palacios y castillos*; hoy casa resquebrajada, remendada, tal vez amenazada de ruina y que suscita una *inmensidad de remembranzas* al espíritu investigador y comparativo.” (49)

A menudo la metáfora arquitectónica se aplica a realidades inmateriales como el euskera, los fueros y el folklore. Campián, por ejemplo, lamenta “la ruina del bascuenze” a lo largo de todo el prólogo de su *Gramática de los cuatro dialectos literarios de la lengua euskara* (50). Y el diputado carlista Joaquín Beunza clama contra “la ruina de nuestras leyes” (51). Respecto al folklore, la metáfora es más excepcional pero no deja de producirse (52).

A causa de todo ello, la misma Navarra aparece como *el pueblo de las ruinas*. La imagen, que se insinúa en realidad desde el escrito de Iturralde sobre Olite, se la debemos a su amigo Arturo Campián. Éste,

(46) ESTORNES, Bernardo: *Historia del País Basko*. Ed. Vasca, Zarauz. 1933; p.134.

(47) IZURDIAGA, Fermín. *El Cardenal Cisneros*. Ediciones para el bolsillo de la camisa azul, Bilbao. S.f.; p. 6.

(48) ARVIZU Y AGUADO, Francisco J.: *Elementos de Historia de Navarra y su régimen foral*. Aramburu, Pamplona. 1953; p. 26.

(49) ALTADILL, J. *Geografía general...*, *op. cit.*; p. 589. Cursivas mías.

(50) CAMPION, Arturo: *Gramática de los cuatro dialectos literarios de la lengua euskara*. Est. Tipográfico de E. López, Tolosa. 1884.

(51) BEUNZA, Joaquín.: “El fuero de Navarra”, *Diario de Navarra*, 18-VII-1920, suplemento II Congreso de Eusko Ikaskuntza. Sin paginación.

(52) Cfr. I. C. (I. S. en el sumario): “El renacimiento de la danza”, *Pregón*, nº 25-26, 1950. Sin paginación. “Cuando hace unos años comenzó Navarra a conocer su folklore, encontró el edificio de la danza deshecho y en ruina completa por el abandono y olvido absoluto en que los mismos navarros le tuvieron.”

al finalizar la lectura de los tomos de Madrazo dedicados a Navarra (53), concluye con “profunda pena” (54):

“Nabarra es el pueblo de las ruinas. Palacios, castillos, iglesias, conventos, monasterios, notables unos por su vetustez, otros por la maravillosa inspiración del arte que les [sic] produjera, venerables otros por los recuerdos que en ellos condensaron las edades, han sufrido, sobre los naturales asaltos del tiempo, los asaltos de la barbarie, del abandono, de la incuria, de la codicia y del mal gusto. Nuestros monumentos yacen, por lo común, convertidos en escombros; *con su voz solemnisima nos están diciendo lo mucho que fuimos y lo poco que somos [...]*” (55)

Hemos visto cómo la ruina, como lugar físico, era sometida a un sistemático programa de preguntas por parte de Iturralde. Entre éstas una reviste singular importancia: ¿cómo ha sido posible que el monumento se arruine, cómo ha podido ocurrir que un lugar que custodia las esencias de la patria caiga por tierra? La respuesta no es única porque la ruina señala varios responsables. Están las guerras carlistas, la conquista de Navarra en 1512, el avance de la irreligiosidad, etc. Pero sin duda el más sangrante de todos los culpables es el propio pueblo navarro que, olvidando su historia, ha dejado decaer sus lugares sagrados.

“Para que aquellas soberbias fábricas hayan venido a tierra ha sido preciso que se rompiera el hilo de las tradiciones nabarras, que el recuerdo de los hechos históricos se debilitase, alterándose al mismo tiempo su significado, y que las tendencias que anteriormente nos movían a perpetuar y desarrollar nuestra personalidad fuesen sustituidas por otras tendencias totalmente indiferentes a nuestro modo de ser: los santuarios ruinosos y desiertos siempre significan la decadencia de la fe.” (56)

Al dejar derrumbarse sus monumentos, sus “signos”, Navarra se ha ignorado a sí misma. Ella es por tanto la responsable a la par que víctima de su amnesia. Iturralde hablará expresamente de la “punible indiferencia con la que miramos nuestras glorias” (57). Las ruinas se revelan de este modo extrañamente ambiguas: ennoblecen y al mismo tiempo sonrojan. Castro Álava las calificará certeramente de “honor y vergüenza de Navarra” (58).

Frente al olvido de Navarra por sus compatriotas nuestros escritores se proponen una labor conmemorativa de la historia navarra, una labor que

(53) MADRAZO, Pedro: *España. Sus monumentos y artes. Su naturaleza e historia. Navarra y Logroño*. Ed. de D. Cortezo y C^a, Barcelona. 1886.

(54) CAMPION, Arturo: “El patriotismo Nabarro”, *Revista del Antiguo Reino de Navarra*, 1888; p. 32.

(55) *Ibidem*. Cursivas mías.

(56) *Ibidem*.

(57) ITURRALDE, J. “Una visita a Javier antes de su restauración”, *op. cit.*; p. 90.

(58) CASTRO ALAVA, José R.: “Prólogo”, en SANTOS DE TUDELA: *La Frivolidad. Una raza gloriosa en peligro de muerte*. Imp. Larrad, Tudela. 1934; p. XI.

va mucho más allá de la erudición histórica o de la curiosidad localista. Se trata, al contrario, de devolver al presente aquel pasado, instituyéndolo como memoria viva y referente cotidiano de los navarros:

“Con mis líneas intento no sólo satisfacer tu curiosidad, sino también *revivir en tu alma la memoria de los belicosos siglos* que en esas fortalezas defendieron, resguardaron y atalayaron a la población nabarra [...].

Acompáñame en esta excursión; *penetra* con mi relato en el interior de esos recintos fortificados, da en ellos *rienda suelta a tu imaginación; reviste con la fantasía* de tus facultades aquellas pétreas y ciclópeas masas, desde el esfuerzo inicial de su erección; las vicisitudes de su funcionamiento; el vigor defensivo acumulado en esas fortalezas; el servicio vigilante ininterrumpido día y noche, las glorias y grandezas en ellas vinculadas, las debilidades, sacrificios, penalidades y miserias soportadas con abnegación, en esclavitud marcial y cívica de la cual ellos mismos, si resurgieran, podrían darnos fe [...].” (59)

Significativamente, en otro lugar el autor de esta cita, Julio Altadill, sueña con una “Geografía histórica de Navarra”, que proceda sistemáticamente a “la enumeración de los pueblos que existieron, los monasterios deshabitados, los castillos arruinados o desaparecidos, vías de comunicación extinguidas, nombres geográficos ya en desuso” (60). De tener fuerzas para llevarla a buen término, escribe emocionado, esos lugares ruinosos “surgirían en ese mapa como nuevos Lázarus evocados por la voz del historiador” (61).

La visita a los lugares ruinosos constituye en este contexto un acto de amor filial y de rememoración patriótica. Iturralde, Altadill, Olóriz, Campión, Ortabe, Esparza, Arigita, etc., la practicarán con un fervor que excede con mucho al interés del turista o del estudioso.

“Recubiertos con la venerable patina de los siglos, los monumentos medioevales, rebosando la poesía de las tradiciones, exhalando el aroma de glorias históricas, circundados del misterio como las sepulturas de los nobles antepasados, pletóricos del ideal sentimiento que les relacionan con las crónicas de lejanas edades, *sagrarios* de arcanos indescifrados, los unos en pie a pesar del embate de los aquilones, los otros iniciada su ruina bajo la pesadumbre constante de las centurias; esas piedras, como *páginas evocantes de nuestro ayer*, son acreedores a [sic] nuestro respeto, *estudio y veneración*, en tan alto grado como *títulos que nos dignifican*, como *patentes que ennoblecen*.

Al visitarlos, nuestra imaginación *reconstituye en su fantasía* los acontecimientos más refulgentes consignados en nuestros

(59) ALTADILL, J. *Castillos medioevales*, op. cit.; pp. 9-10. Las cursivas son mías.

(60) ALTADILL, Julio: “Geografía histórica de Navarra”, *B.C. M. H. A. N.*, 1917, p. 110.

(61) *Ibidem*, p. 113.

Anales: corroboramos la fe de nuestros mayores, la esplendidez sin tasa de nuestros reyes, la rígida austeridad de las órdenes benedictinas, las deslumbradoras galas de los monjes cluniacenses; [...] adquirimos el convencimiento de la superioridad de aquellos ilustres ascendientes [...]” (62)

Buena parte de los escritores navarros citados en las páginas anteriores formaron parte de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra. En concreto Iturralde y Suit, Arturo Campión, Julio Altadill, Rafael Gaztelu, Hermilio de Olóriz y Onofre Larumbe. Las Comisiones de Monumentos se habían creado en toda España mediante Real Orden de 1844 con el fin de proteger el patrimonio artístico e histórico nacional. En el caso de Navarra su actividad conoció un notable impulso, precisamente gracias a la labor de Iturralde y Suit, Campión, Altadill, etc.. Sólo la falta de fondos monetarios limitó su labor a la conservación y denuncia de los casos más flagrantes (63). De hecho, la única restauración completa que encontramos antes del franquismo, la del castillo de Javier entre los años 1890-1892, se debió a la iniciativa particular de su propietaria (64).

Con todo, el simple hecho de que los monumentos arruinados puedan reconstruirse nos plantea un problema de decisiva importancia: unos objetos físicos, las ruinas, han servido como significantes para representar la ruina moral de Navarra. ¿Qué ocurrirá cuando esos lugares físicos se reconstruyan? ¿Bastará la restauración del significante para dar por restaurada Navarra, el significado? Florencio Ansoleaga, miembro de la Comisión de Monumentos, nos da la pista cuando, en plena Gamazada, escribe: “Conservamos los Monumentos de cal y canto que nos legaron nuestros antepasados. Y existiendo la materia, ¿no ha de vivir el espíritu?...” (65)

A partir de 1940 la Diputación franquista, a través de la Institución Príncipe de Viana (66), lleva a cabo un ingente programa de reconstrucciones “físicas”- y ya no sólo “teóricas” como la llevada a cabo por Iturralde en su *Memoria* en 1870-. El castillo de Olite, los monasterios

5. LA RECONSTRUCCIÓN DE LAS RUINAS.

(62) ALTADILL, J. *Geografía general...*, op. cit.; p. 668. Cursivas mías.

(63) En torno a la labor de la Comisión cfr. QUINTANILLA MARTÍNEZ, Emilio: *La Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra*. Gobierno de Navarra, Dirección General de Cultura-Institución Príncipe de Viana, Pamplona. 1995. HUICI GOÑI, María P.: “Las Comisiones de Monumentos Históricos y Artísticos con especial referencia a la Comisión de Navarra”, *Príncipe de Viana*, nº 189, 1990.

(64) A propósito de la restauración de y la “contrarrestauración” interior que se llevó a cabo en 1952 para corregir la primera cfr. RECONDO, José M.: “El Castillo de Xavier”, *Príncipe de Viana*, nº-57-58, 1957.

(65) ANSOLEAGA, Florencio.: Colaboración sin título, en AA: VV.: *Navarra Ilustrada*. Imp. de N. Marcelino, Pamplona.1894; sin paginación.

(66) La voluntad reconstructiva de la Institución viene expresada desde el primer momento. Cfr. CONDE DE RODEZNO: “Nuestros propósitos”, *Príncipe de Viana*, nº 1, 1940.

de Leyre, Iruzu, Irache, la Oliva, los santuarios de Eunate, Ujué, la Catedral de Pamplona, la iglesia del Crucifijo de Puente la Reina, etc., son reconstruidos en los años que van desde 1940 hasta 1963. Ligado a este proceso de restauración las órdenes religiosas vuelven a varios monasterios navarros.

Dentro de esta política reestructuradora el recuerdo de las denuncias de Iturralde, Altadill, Campión, etc., está constantemente presente. Un escritor local, vinculado al franquismo, José Esteban Uranga, por ejemplo, evoca la labor de aquéllos autores a finales del XIX, cuando escribe:

“[...] cuando la misma Comisión de Monumentos lanzaba su llamamiento en fervor de las ruinas monumentales de Navarra no podía prever que éste iba a ser oído y atendido poco más adelante y por la siguiente generación, y que aquella vergüenza iba a ser debidamente *reparada no sólo materialmente, sino lo que es más importante, moralmente.*” (67)

Finalizada la guerra civil el poder local parece tratar de suturar la falta cometida por Navarra contra sí misma, de reconciliarse formalmente con el pasado, reconstruyendo la identidad cuya ruina habían criticado los escritores regionalistas. ¿Lavado de conciencia o restauración sincera? La respuesta depende de las opciones ideológicas de cada uno. En cualquier caso cabe subrayar la abundancia de textos en los que el lamento de los Altadill y compañía por la ruina de Navarra se dice consolado. Francisco López Sanz, por ejemplo, cita en varios escritos (68) las quejas de Iturralde y Suit en torno al estado de Leire. Luego, lleno de optimismo, las contrasta con el momento presente:

“Ya no sirven totalmente estas palabras, exactas y certeras aplicados a otros tiempos: al ciclo devastador y empedrado de despropósitos y absurdos que fue cerrado con el dique de nuestra Cruzada. [...] La Diputación Foral de Navarra, que desde acabó la Cruzada inició con ritmo plausiblemente acelerado la restauración de cuantos monumentos fueron devastados [...] está dando cima, calladamente, con un meritorio silencio que hace más estimable la labor, a la obra grandiosa del Monasterio de Leire que fue orgullo y gloria de navarra, y de nuevo lo será [...]. Leire despierta del largo sueño de profanación y abandono [...]” (69)

La reconstrucción de las ruinas termina con el tono dramático que caracterizaba la literatura regional navarra. El nuevo regionalismo que surja durante el franquismo, el navarrismo hegemónico hoy en día, se

(67) URANGA, José E.: “Las restauraciones monumentales en Navarra”, *Pregón*, nº 63, 1960; sin paginación. *Cursivas mías.*

(68) Cfr. LOPEZ SANZ, Francisco: “Leire, como su Abad San Virila, despierta de un largo sueño”, *Pregón*, nº 25-26, 1950. Del mismo autor: “Leire ya no es una ruina monástica”, *Pregón*, nº 42, 1954.

(69) LOPEZ SANZ, F. “Leire, como su Abad San Virila,...”, *op. cit.*; sin paginación.

asentará no sobre la agonía de Navarra sino sobre una pretendida recuperación conciliadora de su memoria histórica. A este respecto resulta muy elocuente la lectura del poema “En el castillo de Olite” (70) de Máximo Ortabe Armendáriz (1952). En sus versos Ortabe conversa con el espíritu de Olóriz, autor de un poema homónimo, a propósito del castillo. “No llores” (71), le dice, “las ruinas ya no son ruinas” (72). Ambos recorren entonces un palacio completamente restaurado, con corceles y perros, príncipes y reyes, trovadores y señores. A lo lejos, Ortabe hace escuchar las plegarias de los monjes que vuelven a habitar los monasterios de Irache, Iranzu y la Oliva. Y concluye: “Navarra...vuelve” (73). El navarrismo que llega con el franquismo y el despegue industrial de Navarra apenas entiende que su identidad esté en peligro. Restaurada exteriormente, está convencida de que su pasado ha vuelto.

(70) ORTABE, Máximo: “En el castillo de Olite, en ORTABE, M. *Navarra vuelve*. Imp. de J. García, Pamplona. 1952.

(71) *Ibidem*, p. 285.

(72) *Ibidem*, p. 286.

(73) *Ibidem*, p. 287.

Oposición política y movimiento obrero en Tudela en los últimos años del régimen franquista (1968-1977)

ÍÑIGO PÉREZ OCHOA*

INTRODUCCIÓN

El objeto de este trabajo es investigar tanto las organizaciones como los conflictos políticos y laborales ocurridos en Tudela entre los años 1968 y 1977. El estudio presente se ha encontrado con una serie de dificultades:

En primer lugar, es manifiesta la carencia de fuentes escritas para este período concreto de las organizaciones políticas. Apenas se conserva nada y lo que se conserva aparece desclasificado; en muchas ocasiones sin fecha y con algún tipo de deterioro. Tampoco encontramos demasiada información referente a la vida política y conflictos locales. Las razones por las que no se conserva documentación de un período relativamente tan cercano son varias: 1º- la persecución legal, a la que se veían expuestos los militantes de las organizaciones clandestinas, hacía que los documentos fueran quemados de manera masiva. 2º- Otro motivo reside en la política llevada a cabo por diversas organizaciones políticas y sindicales, de recoger en un archivo central, fuera de Navarra, la documentación interna. Por último, aunque no es éste el último motivo de desaparición documental, se destruyeron fuentes escritas a raíz del intento de “golpe de estado” del 23-F de 1981.

En segundo lugar, la prensa del momento debe seguir las pautas que impone la censura oficial; además de estar dirigida por grupos profundamente reaccionarios. De este modo se explica la poca o nula información política en los medios de comunicación.

En tercer lugar, derivada de la necesidad de utilizar fuentes orales, encontramos una información parcial, condicionada a veces por la formación del entrevistador o por la memoria de los informantes.

ANTECEDENTES

* UPV-EHU. Trabajo premiado en el I Certamen Universitario de Investigación “Fundación Sancho el Sabio”

Con la insurrección militar del 18 de julio de 1936, que provoca el comienzo de la Guerra Civil, empieza en Navarra un proceso de persecución política y represión a los opositores, que irá eliminando cualquier resistencia a la nueva realidad que se va perfilando. Fascistas y extrema derecha se encargan, junto a la Guardia Civil, de que toda